

NO es suyo  
error en el texto.



Schunauer

# EN EL CINEMATOGRAFO

(De LA NACION)

Nueva York, agosto de 1910.

Otra de esas olas de calor, pasajeras y dichiaragoras, que desde el golfo de México nos vienen a visitar varias veces durante el verano, como vienen en invierno las olas de frío, está paseando ahora su rozagante cola por estos estados. En días así no se vive, no se come, no se duerme, no se piensa, es imposible pensar. ¡Noventa y cuatro grados en la columna Fahrenheit, que son treinta y ocho centígrados, no es grano de anís! Mientras pasa la ola, leeréis todos los días en los periódicos las listas de las víctimas de insolación y de los muertos por asfixia. Porque no es sólo la elevada temperatura la culpable de esas desgracias, sino el extremado calor combinado con el altísimo grado de humedad, que convierten la atmósfera en irrespirable.

Las salas de espectáculos, para atraer al público, declaran la guerra al termómetro por medio de los ventiladores eléctricos, y ofrecen un interior refrescado con brisas del océano, (así dicen los anuncios de la puerta), veinte grados por debajo de la temperatura de la calle. Es de lo más tentador que cabe imaginar en situación como ésta.

Extrañaré, pues, el complaciente lector de «La Nación» que en vez de ofrecerte el acostumbrado artículo, me sienta ociosamente en una butaca envuelta en brisas oceánicas, con el pretexto de presenciar unas cuantas proyecciones cinematográficas, pero con la intención real y firmemente de dejar transcurrir un par de horas libre del peligro de morir de asfixia?

Lo que pasa con los cinematógrafos es alarmante. Esa forma de diversión popular está ya desbancando al teatro de veras. Todos los días se ven más teatros convertidos en salas de cinematógrafo. En sus comienzos las sesiones consistieron puramente en desfiles de películas; ahora, para mayor cebo, las películas se alternan con números de canto y baile, de acrobacia, de prestidigitación, de lo que constituye, en fin, la sala vaudevillesca; y el público acude como moscas a la miel atraído por lo bien presentado del espectáculo y por su inconcebible baratura; con lo cual los empresarios hacen negocio redondo, puesto que con el furor del cinematógrafo, por un lado no tienen que pagar grandes sueldos a artistas y empleados del teatro, mientras que por otro lado sacan el doble ó el triple de cada butaca, ya que si bien el precio del asiento es menor que en un teatro, en cambio el público se reanueva dos ó tres ó más veces en una tarde, y otras tantas en la noche.

¡Lástima que entre esa balumba de cinematógrafos, los haya de vistas tan cosas, tan insubstanciales tan rematada-

mente malas, y lo que es peor tan peligrosamente contrarias a la cultura a la moral y a las honradas costumbres! El abuso ha hecho redoblar las actividades de la junta de censura, y ya aparece en muchas vistas de esta clase el letrero «Approved by the Censorship Board». Yo he visto aquí una sala de cinematógrafo rebosante de niños de ambos sexos, atraídos por un cartelón de la acera que decía en grandes letras: «Especial para niños», donde se representaban una tras otra escenas de amores, de venganzas, de tormentos chimescos de robos, de besuqueros impúdicos, y no he salido asombrada preguntándome si es posible tan espantable anacronismo en un país donde preocupa a tantas inteligencias la creación de instituciones docentes para la niñez. ¿Qué clase de hombres y de ciudadanos se van a formar en tales cinematógrafos?

Porque ha llegado ya la hora en que el cinematógrafo se considera instrumento docente popular efficacísimo. Más que el teatro más que la prensa, su acción sobre las masas—¡cuanto más sobre las masas infantiles!—es de trascendencia enorme. Poderosa espada de dos filos, con la misma facilidad arrastra y destruye, que conquista. Esta convicción en los doctos y en los ciudadanos encargados de encauzar los sentimientos y la mentalidad de las muchedumbres ha dado lugar a lo que podría titularse «institución del cinematógrafo», llamado en inglés «educational», que es llevar a la práctica el principio de instruir deleitando. ¡Qué hermosa ocasión sería esta para inculcar principios de cultura en los pueblos rehacios a la instrucción!

Esa clase de exhibiciones cinematográficas docentes fué la que presenciamos hace poco en la Junta de Educación. Aunque las películas no tienen nada de original, el objeto de la junta es altamente plausible, puesto que se trata de introducir aquí innovaciones europeas en el terreno científico popular. Cualquiera puede ver fácilmente en la pautalla, como si estudiase en el laboratorio, la electrolisis del agua, la acción del ácido nítrico sobre la plata, la acción del «acqua regia» sobre el oro metálico. Allí se ve el tubo de ensayo, considerablemente aumentado en su tamaño, conteniendo el alambre de plata, en el cual se echa el ácido. Al disolver el ácido la plata, se notan de un modo claro y distinto las burbujas del hidrógeno, y poco después se mira culebrar y retorcerse el alambre, hasta que por fin desaparece de la vista. El ensayo resulta mucho más interesante para todos que un cuento de apaches.

Menos científica y más popular es la película que contiene ese bicho repugnante y asesino llamado mosca. Allí se nos muestra el repulsivo insecto poniendo sus huevos en los sitios que más esquivaba la vista humana; muy luego, ante el mismo público, esos huevos se transforman en repugnantes serpentinatas de cerasas, de donde sale la «mosca doméstica» para asediar a la humanidad con sus hábitos antihigiénicos, destructores de la salud y de la vida. Películas como esa no debe-







...an fallar por mucho tiempo en toda exhibición cinematográfica, hasta tanto que se lograse que cada uno en su casa organizase una verdadera cruzada para destruir esa maldita que nos trae en sus inmundas patas los gérmenes de todas las enfermedades, recogidos en los muldares, en los estercoleros, en todas partes donde exista un rincón de basura y de hediondez. Es grato decir que esta cruzada se ha iniciado ya en muchas familias de los Estados Unidos, y, como consecuencia, aumenta continuamente el número de ventanas cubiertas con alambrado, para impedir la invasión de la peligrosa huésped, más peligrosa que el mosquito; puesto que acarrea mayor número de enfermedades, y muchísimo más repugnante que el masculino insecto. La eficacia de esa campaña en contra de la mosca, se debe, en gran parte, á los esfuerzos de la Junta de Sanidad, que, con pruebas gráficas y argumentos contundentes, ha presentado á la mosca como enemigo solapado de la especie humana. En las hojas de propaganda higiénica que esa junta distribuye con profusión, gratuitamente, así como en las páginas de los periódicos y revistas que han cooperado en ese movimiento, se presenta á la mosca vista al microscopio, posada en nuestros manjares, con sus vellosas patas cubiertas de microbios, inmundas y burlescas, tan soberanamente antipática y odiosa, que nadie que vea su fotografía, negra y horrible, dejará de jurar contra ella exterminio y matanza.

Me dicen que en muchas escuelas de Europa está ya en boga el cinematógrafo para el estudio de la geografía comercial é industrial, la historia natural, la botánica, la zoología, la historia y otras ciencias. Y que en una clínica de Viena se está haciendo actualmente un estudio de la epilepsia por medio de películas que presentan gráficamente las contorsiones faciales de las víctimas de la enfermedad. De esta manera será posible clasificar y diagnosticar los diferentes tipos de epilepsia por medio de las contorsiones del rostro de la víctima.

—¿Cómo no se les ocurre á los empresarios norteamericanos importar mayor número de esas películas científico-populares, interesantes, amenas, y al mismo tiempo de fuerza moral insuperable para reaccionar contra los temas inacabables de robos, raptos, asesinatos, fugas amorosas y demás jerga de relumbrón?—le pregunté á uno de los miembros de la Junta de Educación.—¿Na resulta, por ejemplo,

el colmo de lo interesante, para cualquier clase de público, esa película que se está desarrollando á nuestra vista? Una serie de huevos en la incubadora, donde por medio de la analogía, escribe Butler estas substanciosas palabras:

«En realidad una prueba, aun cuando fuese demostrativa, de una vida futura, no sería una prueba de la religión. Porque el que hayamos de vivir después de la muerte es precisamente tan conciliable con el esquema del ateísmo, y puede arreglarse tan bien con él, como el que crear estamos vivos, y nada puedo ser, por lo tanto, más absurdo que argüir de ese esque-

ma el que no ha de haber una vida futura. Pero como la religión implica un estado futuro, cualquier presunción contra tal estado es una presunción contra la religión.»

Y acaso, añadido yo, se revuelven mucho contra la fe en una vida futura, nada más que ir contra toda religión.

Ese punto de vista del obispo Butler, es de una sagacidad maravillosa. Porque de hecho puede uno ser hasta ateo sin renunciar por eso á la esperanza en una vida futura. Y no son pocos los ateos que nos presentan substitutivos, y hasta caricaturas de esa esperanza, como es aquello de la vuelta eterna del desgraciado Nietzsche, que sucumbió en su lucha con la fe.

Con todo, lo cual quiero decir que puede un anarquista ser perfectamente ateo, ó por lo menos creer serlo, sin renunciar por ello á la esperanza y la fe, más ó menos fundadas en otra vida. El resignarse á morir del todo cuando se muere es una cosa, y el rechazar todo Dios y todo amor es otra. Y si de algo padecen los anarquistas es de una exaltación de la propia personalidad, de egotismo.

Otra autoridad, Eduardo Gibbon, en su famosísima obra «La historia de la decadencia y caída del imperio romano» («The History of the Decline and Fall of the Roman Empire»), historia que se distingue por su epigramática hostilidad al cristianismo, al narrarnos el reinado del emperador Valentiniano I nos dice que «condenó, con el consentimiento de los más racionales paganos, la licencia de los sacrificios nocturnos, pero admitió inmediatamente la petición de Pretextato, preconsul de Aquea, el cual le hizo presento que la vida de los griegos se haría terrible y deseconsolada si se les privase de la inestimable bendición de los misterios eleusinos.» Y añade el frío y epigramático Gibbon: «La filosofía sola puede jactarse—y acaso no es más que una jactancia de la filosofía—de que su mano suave sea capaz de arrancar del espíritu humano el latente y mortal principio del fanatismo.»

En efecto, no es más que una jactancia de la filosofía, afortunadamente, y gracias á Dios, su pretensión—si es que la tiene—de arrancar del espíritu humano el principio que Gibbon estimaba mortal (deadly) del fanatismo, el principio de los misterios eleusinos que hacían soportable la vida á los griegos, es decir, la fe, más ó menos oscurecida, en otra vida. Los que recordéis el excelente libro de Gómez Carrillo, «Grecia», el mejor acaso que sobre Grecia se ha escrito en nuestra lengua—y en otras lenguas serán contados los que le supieran—recordaréis lo que allí nos dice de los misterios eleusinos. Y eso que Carrillo, la versatilidad y complejidad de cuyo espíritu es lo que más en él admiro, no me parece uno de los hombres más opesesionados por los misterios eleusinos. Y eso que... ¿quién sabe?... ¡Se lleva uno cada chasco! Si fuera Darío, el gran Rubén... Este sí. Lo más íntimo, lo más jugoso, lo más profundo, y á mi juicio lo más duradero de su poesía jugosa, íntima y profunda se lo debe á la mirada de la Esfinge, al misterio eleusino. Pero esto pa-

*Desde aquí si parece de una mano*





ra cuando con calma y tiempo—¿cuándo podrá ser, Señor?—no ponga á comentar, con fervor, la obra poética y religiosa—religiosa, así como sueña, de Rubén Darío.

\*

Dejemos por ahora á Butler, el edgaz obispo anglicano, á Gibbon, el epigramático historiador anticristiano, á Carrillo, el complejo y elegante cronista, y á Rubén, nuestro gran lírico hispánico mistagógico y eleusino, y vengamos al pobre atentador contra la vida de Maura y á la mescolanza de libros anarquistas y espiritistas que en su cuarto se halló. ¿Mescolanza? Ya he dicho que no. Nada me extrañaría que este pobre fanático—en el sentido corriente y acaso en el de Gibbon—fuese vegetariano y esperantista, y hasta que alguna vez se hubiese dedicado á resolver la cuadratura del círculo ó el movimiento continuo, pero nada me extraña tampoco que tenga sus puntas y rebates de espiritista. Acaso fué su anhelo de no morir, más que otra cosa, lo que le llevó á atentarse contra la vida de otro hombre.

¡Nueva paradoja!—exclamará alguno. A lo cual respondo que el anhelo de no morir les lleva á muchos hombres á atentarse, no ya contra la vida de algún prójimo, sino hasta contra su propia vida. No son pocos los suicidios provocados por el anhelo de la vida futura, la de ultratumba, ó por la desesperación de no conseguirla, lo cual es lo mismo.

¿Cuál creéis que fué el sentimiento que inspiró á Angiolillo, el matador de Cánovas, á llevar á cabo su acción? Conozco mucho á uno que conoció y trató mucho á Angiolillo, y sé por aquel mi amigo que éste, Angiolillo, tenía—lo cual no es raro en revolucionarios italianos—la obsesión de Bruto. Aspiraba á cambiar el curso de la historia, á modificar, con un acto, el curso de los acontecimientos. Los que hayáis leído el clásico libro de Burckhardt sobre el Renacimiento italiano, comprenderéis mejor este sentimiento. En el fondo era un deseo de gloria, un anhelo de sobrevivencia, siquiera del nombre.

Y si dejando á anarquistas nos atenemos á revolucionarios y radicales de una índole más elevada, ¿quién no ve en aquel nobilísimo y generoso espíritu que se llamó Mazzini, su constante anhelo de otra vida? Mazzini, el gran revolucionario, fué un verdadero místico, Mazzini tenía horror al materialismo. Mazzini fué un gran creyente.

Y el espiritismo, ¿qué es sino esfuerzo más para salvar ese tradicional legado de la fe en una vida de ultratumba? Y de todos los esfuerzos llevados á cabo por el hombre para salvar esa fe, el espiritismo es acaso el que menos se apoya en la fe en Dios, el más indiferente al problema de su existencia. Se puede ser muy bien espiritista y ateo, sin que esto quiera decir que los espiritistas lo sean.

Y es que por más vueltas que se le dé es vana la jactancia de la filosofía que pretenda arrancar del espíritu humano «el latente y mortal principio del fanatismo.» Como que gracias á este principio, que Gibbon llamaba mortal, ó si se quiere mortífero, vive el humano espíritu; gracias á ese fanatismo obramos. Sin él haríamos la vida, como á los griegos sin los misterios eleusinos, terrible y desconsolada. A pesar de todas las educaciones de las escuelas modernas, y de todos los mártires al estilo de Ferrer, que no sé, por otra parte, si en su fuero interno tiraría ó no á espiritista.

MIGUEL DE UNAMUNO.

